

Comentario al evangelio del martes, 26 de agosto de 2014

Si ayer nos dejábamos “tocar” por la indignación de Jesús y la ceguera de los hipócritas, hoy parece que el evangelio quiere subrayar otra dimensión de los hipócritas: la desproporción, la falta de medida o equilibrio entre el modo de mirar a los otros y de mirarse a uno mismo, las obsesiones y manías que cada uno almacenamos en nuestras tripas y en nuestro corazón: ¡cuánto daño podemos hacer filtrando “mosquitos” en un mundo de camellos!, ¡cuánto dolor causamos cuando ponemos la medida de una persona en pequeñeces y minucias pero desestimamos lo oculto, la intención, el deseo, ¡la vida!

Vivimos un mundo lleno de copas y platos relucientes pero atiborrados de robo, desenfreno, injusticia, mentiras, abusos, violencia... Ciertamente, ni más ni menos que había en época de Jesús. No caigamos en diatribas que “ajustician” nuestro mundo, a los políticos, a los dirigentes religiosos, a nuestros líderes o jefes... mientras nos mantenemos ciegos con nuestro propio interior. ¿Acaso no es otro modo de hipocresía? ¡Cuánto profeta para los otros incapaz de verse a sí mismo quebrantando el derecho, la compasión y la sinceridad!

Hagamos nuestra hoy la sencilla oración que nos ofrece la primera lectura: **“Que nadie en modo alguno os desoriente”**, desea Pablo. Preciosa oración para pedir por quienes queremos (y por quienes tendríamos que querer más, quizá...) *que nadie te desoriente*, que ningún guía ciego te aparta de tu más profundo centro, de tu vida más transparente, de tu mejor “tú”. Porque ahí habita Dios contigo. Ahí te espera y te acompaña.

Oración que puede ser también una súplica personal e insistente para nuestro corazón: “Señor, *que nadie me desoriente*, que nadie me aparte de ti, que no me ciegue, que no me engañe... que vea”.

Vuestra hermana en la fe, Rosa Ruiz, misionera claretiana

Rosa Ruiz, misionera claretiana